

UN RIESGO ENORME Y

EL Naranjo de Bulnes es un monte rocoso situado en la extremidad de los Picos de Europa, una de las más hermosas comarcas españolas. Desde Bulnes se ve de color naranja en invierno y en verano; de ahí su nombre. Termina en un pico, el de Urriello, que no tiene ninguna vía fácil de acceso. La más sencilla, la de la cara sur está calificada en términos de montañismo como de cuarto grado. La cara oeste, un murallón de 510 metros de desnivel, que ahora han intentado coronar Gervasio Lastra y José Luis Arrabal, es de sexto grado en cualquier época del año y permanece por ahora inexpugnable en invierno a la audacia de los escaladores. Hace unos años, en el verano del 64, Rabada y Navarro realizaron la proeza por primera vez. En verano ya se ha hecho nueve veces. Pero en invierno, los temporales y las bajas temperaturas han dado al traste con los dos intentos habidos hasta la fecha: uno que terminaba trágicamente el año pasado al tener que cortar las cuerdas que sostenían a Berrio y Ortiz, muertos por congelación, y otro que daba fin el pasado sábado a las cuatro y media de la mañana con el arriesgado y feliz rescate de Lastra y Arrabal tan sólo a cien metros de la cúspide.

En la mañana del día 8 de febrero, domingo, un año después del anterior intento, Gervasio Lastra, José Luis Arrabal, Francisco Rodríguez Almirante y Enrique Herreros salieron de sus casas con dirección al pie de la montaña asturiana. La expedición había sido preparada convenientemente desde el verano. Casi en otoño escalaron la pared oeste y fueron dejan-

do víveres, clavijas, cuerdas y utensilios necesarios para su empeño del siguiente invierno. Después, en muchas reuniones en sus casas fueron perfeccionando el desgranio y asegurando la esperanza de superar la prueba. Salieron, pues. Sólo sus familias sabían hacia dónde habían ido, dónde estaban. Dos días más tarde comenzaron la escalada Lastra y Arrabal. Almirante, que iba a acompañarles se quedó no obstante abajo, formando el equipo de apoyo con Herreros. Se mantuvieron en contacto algunos días. Se hablaban a voces desde el pie de la pared al lugar donde se encontraban. Almirante nos dice: «Confiábamos en ellos. Son los mejores alpinistas de España. Todo iba muy bien. Además, todo estaba tan preparado...».

El 15, domingo, es el día de la angustia

El domingo siguiente, día 15, el teniente coronel de la Guardia Civil de Gijón, don Ángel García Suárez recibe una llamada telefónica urgente. Al aparato, el teniente coronel de la Guardia Civil de Santander: «Hay cuatro montañeros perdidos en el Naranjo de Bulnes. Me han avisado sus familias de que deberían haber vuelto este domingo. Han entrado por Santander, pero ahora están en tu demarcación».

García Suárez avisa a su coronel, don Enrique Nieto Tejedor, quien había de dirigir luego la operación de rescate con los helicópteros. Son las diez y media de la

mañana. Unas horas después, a la una, están en Arenas de Cabrales, el pueblo más cercano al pico, que también fue base de las operaciones de rescate el año pasado y que a partir de ese momento sufre una conmoción. El domingo es el día de la angustia. Hay niebla y gran tempestad. Los helicópteros no han llegado todavía. No se sabe nada de los montañeros. Nada se puede hacer. La impotencia desespera. En esto, la noticia se extiende por toda España. Acuden montañeros de los cuatro puntos cardinales que la han oído en las radios de sus coches, en la televisión. Se forman equipos. Una vez más se prueba la solidaridad en este peligroso deporte. El lunes amanece muy agitado. Al atardecer, bajan del refugio Almirante y Herreros, y tranquilizan a todo el mundo. «Todo está muy preparado. Están a punto de coronarlo. Es una falsa alarma.» Algunos equipos de montañeros se vuelven. La operación se enfría. Queda la Guardia Civil, expectante.

Pero los montañeros no se presentan en los días siguientes. La marea de la preocupación vuelve a subir mientras se espera. Y es que, aunque se llegue al refugio de partida, no se puede comunicar con ellos. No tienen radioteléfono. Almirante dice: «Nunca se lleva. No suele hacer falta». Existe la completa certeza de que están perdidos. El recuerdo del año pasado se hace insistente, insostenible. Han llegado dos helicópteros del Servicio de Rescate Aéreo. Por desgracia, sus características no permiten a estos aparatos acercarse a Lastra y Arrabal. Se piden otros dos más pequeños y más maniobreros:

uno, a la Jefatura Central de Tráfico, y otro, a la Compañía Avicopter, S. A. Tampoco éstos pueden rescatar directamente a los montañeros. A lo sumo podrán acercarse al borde de la cornisa para llevarles ropas y alimentos.

Primer acto: quince en la cumbre

Localizados en una oquedad muy poco profunda a unos cien metros de la cumbre, Lastra y Arrabal se mantienen amarrados fuertemente a unas clavijas. Lastra se mueve de continuo. Arrabal permanece inmóvil, embutido en su saco de dormir. La tormenta no ha cesado todavía. Hasta el viernes no es posible acercarse a ellos para enviarle alimentos, víveres y la gran ayuda moral de saberse descubiertos. La operación es difícilísima. El montañero Alfonso Alonso —Alfonsín—, sentado por fuera del pequeño helicóptero de Tráfico, ha conseguido hacerles llegar comida y equipo, mientras el radioteléfono se precipitaba en el vacío, estrellándose 400 metros más abajo. Las aspas del helicóptero han permanecido girando peligrosamente tan sólo a unos metros de la pared. El temple del piloto y del montañero es admirable.

El mismo viernes llega a la cumbre, escalándola por la cara sur, una cordada de 15 montañeros. Llevan tornos, una especie de polea que instalarán en el borde de la pared y que emplearán para izar a los heridos, como ellos les llaman. En el refugio de